

## VIH/SIDA, salud y sanación

Ebénézer Mamia Woungly-Massaga

Una economía globalizada que margina y excluye a gran parte de la humanidad y una idolatría que sustituye al Dios de compasivo de las Escrituras por el dios ciego de la ganancia y sus mecanismos generadores de lucro (¡sí incluso los hospitales y sistemas de salud tienen que generar ganancias!). En la actualidad éstos son los ladrones en el camino a Jericó. Muchas personas empobrecidas no tienen acceso a la salud, ni tan siquiera al nivel de atención primaria de la salud. Enfrentados a esta situación abarcativa y estructuralmente diabólica, sería una broma de mal gusto responder con el gesto del Samaritano (Lucas 10). Las iglesias no pueden continuar limitándose a las acciones caritativas. Estas acciones ni desafían ni avergüenzan a un mundo pecador. Por el contrario, la caridad otorga una buena conciencia a los donantes generosos. Se acomoda fácilmente dentro de un sistema que es responsable de la vulnerabilidad y la muerte de tantos.

En la actualidad el VIH/SIDA amenaza a todo el mundo. Aquellos afectados se encuentran en su mayoría localizados en naciones pobres del sur, donde la enfermedad se extiende rápidamente. El VIH/SIDA ataca la fuerza laboral de estas naciones y por tanto destruye sus economías. La mayoría de las personas en estos países no pueden pagar, ni tan siquiera, los servicios médicos básicos. Uno puede imaginarse entonces lo que sucede cuando se trata de los altos costos por los servicios de salud. Nuestras iglesias deben estar a la vanguardia para afirmar el nivel de concientización y de prevención, así como en la asistencia a las víctimas de la pandemia. Nuestra actitud hacia las personas afectadas por la enfermedad será de comprensión y amor. Cualquier evasión frente a esta terrible enfermedad, ya sea por moralizar o estigmatizar a las víctimas, cuestiona nuestra humanidad y lo que es peor nuestro llamado a ser cristianos. Nos recuerda a los discípulos recitando su catecismo (Juan 9:2) frente a un hombre desprovisto de vista y por tanto discapacitado.

Analicemos ahora estos actos de sanación que con frecuencia consideramos con desconcierto: sanar por medio de la oración o la imposición de manos, ya sea una enfermedad física o lo que en ocasiones llamamos paranormal. Los excesos y desviaciones, que casi no pueden ser evitados, han llevado a nuestras iglesias a apartarse de esta dimensión esencial de su ministerio. Desdichadamente, esto deja el camino libre para charlatanes codiciosos, que se aprovechan del ministerio de la sanación para desacreditarlo y utilizan a gente desesperada. Es importante para nuestras iglesias reconsiderar el ministerio de la sanación por medio de la intercesión, especialmente en un tiempo cuando la ciencia médica vuelve la espalda a la ceguera cientificista y cuando la

psicología y el psicoanálisis ya no pretenden tener una respuesta a cada fenómeno vinculado a lo “irracional”.

La enfermedad y las dolencias desafían a los creyentes y ponen en juego su fe. La actitud cristiana es una de confrontación cuando se enfrenta la enfermedad, no importa que forma adopte.

### La sanación en los Evangelios

La sanación fue una parte esencial del ministerio de nuestro Señor y por tanto es constitutiva a la esencia de la iglesia. ¿Podríamos decir que Jesús fue un sanador itinerante? El no le pedía a la gente que pagara por sus servicios. También podemos hacer alusión a su costumbre de atribuir la sanación al *paciente*: “Tu fe te ha salvado.”

El ministerio de sanación del Señor tiene su significación dentro de la misión global de proclamar el Reino de Dios, siendo la preocupación central de éste la afirmación y promoción de la vida. Las acciones de Jesús son promotoras y defensoras de la vida por causa del Reino. Jesús se opone a la desgracia y al sufrimiento porque son contrarios a la voluntad de Dios. La sanación confronta a la maldad y tiende a erradicarla (Jn 5:34 ó 9:4). En cada caso es el sí a la vida lo que está en juego, una actitud traducida concretamente en formas de comportamiento que promueven la vida. Correlativamente, significa un no a cada impedimento en la vida, a todo lo que disminuye, degrada o suprime la vida.

En Juan 9, Jesús se abstiene de hacer una disertación sobre la desgracia, incluso sobre la base de la tradición religiosa ancestral. En Lucas 10, el objetivo de la historia del samaritano no es obviamente la de presentar a un buen hombre ideal, y por lo tanto abrir la posibilidad de no ser bueno. Lo que está en juego aquí es la humanidad misma, bajo el aspecto de la vocación. Es cuando respondemos al llamado de confrontar la desgracia, que somos fieles a Dios. El envío de los discípulos, que aparece en Lucas 10, se refiere a la misma idea. Los setenta son enviados a proclamar el Reino de Dios, un reino que debe ser experimentado. Cuando curen a los enfermos deben decir “El Reino de Dios está cerca de ustedes.” (Lc 10:9). Aquí como en otras partes, el reino es un absoluto, que llama imperativamente a la transformación. La enfermedad es contraria a la voluntad de Dios para la vida en plenitud, y por tanto hay que luchar contra la enfermedad.

La sanación en nuestras iglesias está enraizada en el Evangelio, por lo tanto debe ser como el ministerio de nuestro Señor: “Como el Padre me ha enviado, así yo los envío.” (Jn 20:21). Asistir a las personas con enfermedades es parte de la razón de ser de la iglesia. Es en este sentido que las iglesias obedecen la voluntad de Dios y responden al llamado de proclamar el Reino.

Nuestra tarea no es explicar la desgracia o justificarla (como en forma de juicio, por ejemplo). Cada vez que enfrentamos el sufrimiento, nuestro deber es

confrontarlo. Los creyentes en Cristo deben obedecer su mandato, como él mismo obedeció a Dios. La cuestión no es si las iglesias deben ocuparse de las enfermedades, ni hasta qué punto. No es nuestra tarea evaluar nuestras fuerzas y juzgar si somos capaces de erradicar las enfermedades. La lucha contra el maligno es una lucha de Dios y nosotros simplemente nos unimos a esa tarea. Él mismo es capaz de atar al hombre fuerte y después robar en su casa (Mt 12:29-30). Las preguntas apropiadas cuando las iglesias confrontan enfermedades son aquellas relacionadas con la obediencia y la fidelidad, y por consecuencia aquellas relacionadas con estrategias coherentes y acciones eficaces basadas en análisis claros y justos. Cualquier otra actitud es puro escapismo y falta de confianza. Confrontar la enfermedad y la dolencia como cristianos y como iglesias llama a nada menos que la conversión.

En los Evangelios, las personas experimentan la enfermedad en variadas formas, y los testigos del Reino luchan contra ellas en formas variadas. Un deterioro de la integridad física es una amenaza a la vida. De la misma manera que el fenómeno de la posesión. Tanto el mundo físico como el psicológico están involucrados.

Todos los actos de sanación conducen al sanador y al sanado ante el Dios de la compasión. El ministerio específico en nuestras iglesias, de la sanación por medio de la intercesión, muestra abiertamente lo que es verdadero de todo nuestro trabajo de sanación. Estamos participando de una lucha que realmente es de Dios. Por tanto, confiamos en él y esperamos su intervención. Interceder por personas que son víctimas del mal es un signo de solidaridad viviente, donde las personas llevan las cargas de unos y otros. Además, el ministerio de la sanación a través de la oración, con imposición de manos señala que nuestras iglesias son conscientes de sus debilidades y por lo tanto ponen su confianza en la misericordia y el amor de Dios.

Sea que tratamos el tema de la salud u otros aspectos de la vida, es nuestra fe la que está en juego, cada vez que la vida es amenazada. Todo se vuelve hacia nuestra disposición de aceptar la voluntad de Dios, de seguir a Cristo y de ser guiados por su espíritu: "...mi comida es hacer la voluntad del que me envió." (Jn 4:34).

### Preguntas

1. ¿Cómo están involucrados en el ministerio de la sanación:
  - a) su congregación?
  - b) su iglesia?
2. ¿Cómo cree usted que las iglesias se deben organizar a sí mismas y actuar para compartir la compasión y el amor de Dios con aquellos que están enfermos?
3. Compare las actitudes en su iglesia y su comunidad frente a la enfermedad, especialmente la pandemia del VIH/SIDA, con el ministerio de Cristo tal y

como se revela en los Evangelios. Basado en el ejemplo de Cristo, ¿qué cambios propondría usted?

### VIH/SIDA en África

La pandemia del SIDA afecta a casi 30 millones de personas en África. En los países de África austral, un promedio del 25% de la población adulta está afectado y esto ha modificado la naturaleza de la hambruna. Está reduciendo la productividad agrícola, disminuyendo la generación productiva y socavando la capacidad de las personas de recuperarse por causa de la escasez de alimentos.

El VIH/SIDA mata a algunos de los miembros más productivos de la sociedad. En Zambia, cada año mueren más maestros de los que se gradúan. La pandemia ha dejado al frente de hogares a mujeres, niños y ancianos, que son muy vulnerables dada la escasez de alimentos, porque tienen menos posibilidades de obtener algún ingreso o de cosechar.

Las familias empobrecidas se ven forzadas a costear la enfermedad y con frecuencia deben liquidar los bienes familiares para hacer frente a los gastos médicos y costos funerales. Los niños dejan la escuela para cuidar a sus padres moribundos o para buscar trabajo. Al hacer esto, pierden el acceso a toda educación sobre el VIH/SIDA que hubieran podido tener.

Mantener a los niños, y particularmente a las niñas, en la escuela es vital para su futuro. Es fundamental a fin de reducir su vulnerabilidad a la violencia, a la explotación sexual y al VIH. Sin embargo, en su rol como sostén familiar, muchas se ven forzadas a caer en trabajos alternativos, incluyendo la prostitución, lo que las expone a un alto riesgo de contraer la infección del VIH.

La combinación del SIDA y la hambruna, exacerbada por empobrecimiento del sistema de salud y educación, la falta de higiene y la economía debilitada hacen de la vida en África austral algo insostenible. Comunidades enteras están desintegrándose y mientras que el mundo desarrollado fracasa en un tratamiento adecuado de la pandemia del SIDA, la posibilidad de recuperación de esta combinación de amenazas es sombría.

*Judith Melby, Christian Aid*